

Mayo
3 de ~~abril~~, 2001

La calle

Diario de un espectador

Pepe Jara

por miguel ángel granados chapa

El homenaje a Amparo Montes, por sus ochenta años, y los sesenta de su dedicación al bolero, fue gracias a su generosidad ocasión para homenajes vicarios o paralelos. Ella lo hizo explícito respecto de Juan Bruno Tarraza. Pero también lo fue, en realidad, para Pepe Jara, de quien hemos dicho que engaña con su mote de El trovador solitario, porque no hay intérprete de calidad que padezca soledades, y menos las provoca una voz y un modo de ser como los suyos, que al contrario convocan compañías y amistades.

Pepe Jara tenía su propio turno en el programa que formó la cantante chiapaneca para rodearse de afectos y buena música. Le correspondía un sitio de honor en el elenco, por su propio mérito y por su larga pertenencia a la plana mayor de La Cueva. Pero a ese lugar central Pepe añadió el protagonismo de su reconocida condición de compañero siempre dispuesto a apoyar a los demás. Cuando hizo falta acompañar a Enrique Basurto, por ejemplo, ante la comprensible tardanza de Chucho Zarzoza, cuya lentitud en el andar y quizá otras urgencias distrajeran del piano en varios momentos, Pepe Jara tomó su guitarra y con humildad, sin discolería, hizo eco a la voz de su compañero y, en cierto sentido, competidor y aun rival.

Ambos pertenecieron a tríos renombrados y los dos optaron por ser solistas. Basurto perteneció a Los Tecolines (un trío de cuatro, pues a sus voces se añadía "el requinto de oro de Sergio Flores") y fundó Las sombras. Y luego, durante nueve años, fue la primera voz de Los Panchos, en el lugar que habían tenido Hernando Avilés, Julio Rodríguez, Johnny, Albino, etcétera. De parte de esa historia nos enteramos por su propia boca, pues insensible a que le correspondía sólo una breve porción del programa, dado el gran número de participantes, Basurto se comportaba como si diera un concierto personal. Llegó al grado de casi disputar el micrófono con la propia Amparo Montes, que anunciaba ya una siguiente participación. Pero Basurto estaba encarrerado y, con la complicidad del público que lo había acompañado en la evocación de los números en que hizo trío con Chucho Navarro y El güero Gil, se permitió completar el Nosotros, de Pedro Junco. Menos mal que Basurto conserva control sobre su voz y mantiene su sello personal. De lo contrario su tenue impertinencia hubiera sido desastrosa.

Pepe Jara, en cambio, se portó como quien es, dueño de la escena sin

Consolación para el corazón partido Schopenhauer

A Arthur Schopenhauer (1788-1860) siempre le sorprendió que tradicionalmente la filosofía no dedicase atención a las tribulaciones amorosas. Al igual que Montaigne, creía que muchas veces nuestra mente es esclava del cuerpo. Esta certeza le llevó a dar nombre a una fuerza que habita en nuestro interior y que, según él, ejerce su inexorable supremacía sobre la razón. La llamó la voluntad de vivir.

Esta voluntad de vivir sería capaz de hacer luchar a un depresivo ante una grave enfermedad y, también, sería la encargada de hacer que nos sintiéramos atraídos por otros. La tendencia a buscar el amor se debe a que esta tremenda fuerza nos grita desde dentro que de nosotros depende “la formación de la generación futura”.

Schopenhauer creía en una separación entre lo consciente y lo inconsciente. El amor dependería de éste último, pues es biológicamente inevitable. Esta afirmación nos invita a ser más benévolos con los aparentes caprichos del corazón.

No somos libres de enamorarnos de cualquiera pues no podemos engendrar hijos sanos con cualquiera. Aunque no nos demos cuenta, nuestra voluntad de vivir busca posibles parejas mirando hacia nuestros futuros hijos.

No hay nada malo en nosotros. Nada impide que seamos amados. Si una persona nos rechaza será probablemente porque una voz inconsciente le esté gritando que no somos aptos para engendrar un hijo equilibrado con ella. Su voluntad de vivir se lo ha hecho saber de una manera que no admite discusiones: le ha privado de interés sexual hacia nosotros.

En muchos aspectos somos como animales, pero en algo nos diferenciamos. Según Schopenhauer, el arte y la filosofía nos ayudan a convertir el dolor en conocimiento. Como hizo Goethe en *Las desventuras del joven Werther*, el análisis de nuestras emociones nos ayuda a comprenderlas y superarlas.

hacerlo notar con posturas chocantes. Cantó lo suyo, con el estilo que sus muchos seguidores piden y agradecen, y se prodigó con la guitarra. Es muy disfrutable que se acompañe a sí mismo en himnos --ya dejaron de ser simples canciones--, como El andariego de Alvaro Carrillo. Pero maestría semejante brotaba, improvisando, cuando debía atender pedidos sobre la marcha de sus compañeros, cuyo canto se beneficiaba, quedaba situado en mejor marco, con las cuerdas pulsadas por Pepe Jara.

No es casual que así ocurra. Casi medio siglo de entrega a la música explican las calidades de Pepe Jara y su indisoluble nexo con el público. Iniciado con el trío Culiacán que después trocó su nombre por el más simpático de Los duendes (con Saucillo y Pérez Meza), hace cuarenta años que inició su aventura personal. Y la ha cumplido a cabalidad. No sólo recorrió su trayectoria sino, como la propia Amparo Montes, la ha contado, con honradez, buen estilo y mejor memoria.

Delia Ortiz, las hermanas Huerta, Julieta Bermejo, Melón, Celia Ester y Hugo Jordán figuraron también en el programa que los vecinos de Amparo Montes, y la delegación Benito Juárez organizaron en su homenaje. También hizo su parte Leopoldo Francés, un viejo showman cuya voz juvenil contrasta con su vetusta apariencia. Es un engañador. Dentro de su cuerpo añoso late un corazón de artista joven. Y diestro, y entusiasta.

Consolación para la ineptitud

Montaigne

Michel de Montaigne, que nació en 1533, pensaba que en los textos clásicos falta una parte importante de la naturaleza humana: se dejan de lado sus instintos naturales, su zafiedad o sus bajas pasiones. Nuestro cuerpo huele, jadea, y suda; por eso Montaigne apunta que “de nuestras enfermedades, la más salvaje es despreciar nuestro ser.” Si no podemos controlar la naturaleza de nuestro cuerpo, lo mejor es aceptarlo.

Sobre la ineptitud sexual:

El filósofo tenía un amigo que una vez perdió su erección justo cuando iba a hacer el amor. Esto le produjo tal bochorno que desde entonces el temor a que le pasara impedía que su pene consiguiera ponerse erecto. Sólo cuando aceptó que el caso escapaba a las leyes de la razón cambió su actitud, anunciando a sus amantes la posibilidad que le atormentaba, relajándose así lo suficiente para llevar la tarea a cabo.

La franqueza del caso es tranquilizadora: la impotencia pertenece al amplio repertorio de contratiempos sexuales. No es ni insólito ni poco corriente. Alain de Botton confiesa cómo esta anécdota le reconfortó una vez que le pasó lo mismo.

Sobre la ineptitud cultural:

Durante un viaje por Europa Montaigne comprobó que lo que se entendía por normal o anormal en cada país difería mucho de uno a otro. Los parámetros de la normalidad casi siempre se basan en factores regionales e históricos. El filósofo nos invita a no tener prejuicios y a desechar “esa arrogancia importuna y discutidora que se cree y se fía por entero de sí misma, enemiga capital de la disciplina y de la verdad.”

Sobre la ineptitud intelectual:

Montaigne distinguía entre erudición y sabiduría. La primera es un conjunto de conocimientos teóricos, como la lógica o el latín; la segunda un tipo de conocimiento más grande, difuso y valioso: el que nos encamina a una vida feliz, gobernada por la moralidad. Por supuesto, el listo busca la sabiduría.

Sería bueno tender a la sencillez y a la claridad, aún a riesgo de ser tachados de ingenuos por quienes creen que la prosa indigesta es el sello de la inteligencia. No debemos sentirnos agobiados por la cultura académica. Montaigne nos invita a extraer datos provechosos de nuestras vidas. Con perspicacia podemos aprender sobre quiénes somos, aunque no hablemos griego y algunos libros nos aburran.